

## II TEMAS CULTURALES

### INTRODUCCION A "EL PRÍNCIPE"

*Alfredo Pareja Diezcanseco*

Quien haga una primera lectura de este pequeño libro, sin evocar el escenario social y político de su época, se interesará, por sí o por no, en las razones de su universal celebridad. Escrito con sencilla concisión clásica, sin elevarse a trascendencias metafísicas o teologales, ni exhibir la profundidad de su pensamiento, implacablemente registra, en el sumidero de la humana conducta política, todo lo que sea útil, como instrumento de poder, al gobernante (el príncipe) capaz de alcanzar la unidad y grandeza italiana por encima de lo bueno y de lo malo.



De modo que **El Príncipe**, siendo cínico y brutalmente veraz, responde también a un ideal apasionado, pero sujeto a una teoría política que, aun varias veces contradicha, está ya, empero, expresada, en sus líneas prevalecientes, en un libro incompleto, publicado en 1531, un año antes de que el que vais a leer saliera al público, después de haber sido guardado inédito desde 1513. Ese libro se llama: **Discursos sobre los diez primeros años de Tito Livio**; y adhiere a las grandes instituciones de la República Romana, ejemplos de las que deben re-crearse y observarse en las turbulentas y despóticas repúblicas renacentistas italianas.

Tiene, pues, el lector en sus manos el primer sistema político coherente de una Europa atormentada por la dispersión y el vacío, dejados, primero por la desastrosa y lenta destrucción del Imperio Romano, y luego por el debilitamiento de la fe cristiana en la última parte de la Edad Media. Anhelaba entonces el angustiado espíritu europeo recuperar, siquiera parcialmente, el impulso vital de la unidad perdida en el mosaico feudal, organizándose socialmente en uniones geográficas de habla similar y costumbres comparables, y naturalmente con más

ciudades –estados. Para ello, el único medio al alcance fue idealizar la supuestamente dichosa y perfecta Antigüedad.

En otro libro, *El Arte de la Guerra* (1521), Maquiavelo afirma sus ideas políticas al recomendar, adelantándose a sus contemporáneos, que las tropas mercenarias sean sustituidas por milicias nacionales, el ejército moderno, llamado por él “pueblo armado”, en el cual la infantería es considerada el arma fundamental. Compuesto de profesionales y patriotas, mientras los mercenarios huían y dejaban a Italia sumida en el desprecio, este ejército capaz de proteger las instituciones políticas y la independencia del Estado.

La teoría maquiaveliana no es maquiavélica en el sentido en que se suele usar este término, puesto que no disimula nada en su tremenda franqueza, pero sí lo es en que aconseja el engaño y la astucia cada vez que el ejercicio del poder lo requiera. Mas no olvidéis que sus consejos derivan, pragmáticamente de las circunstancias, de la vida política en las ciudades italianas, e idealmente, de las instituciones romanas.

Las contradicciones entre una y otra inspiración son fácilmente explicables para Maquiavelo: la conducta de quien funda un Estado, o reforma completamente su estructura, requiere de plenitud de poderes, y es necesariamente muy distinta de la que quien gobierna en uno, ya debida y orgánicamente conformado, con un pueblo habituado a respetar las instituciones establecidas.

Dice la leyenda que Rómulo, por salvar a Roma de la división y la anarquía disolvente, mató a Remo, su hermano y rival. Aunque sin comprobación plena, de César Borja se cuenta que, por razones políticas no muy ciertas, hizo matar a su hermano mayor, Juan, Duque de Gandía, y a su cuñado, Alfonso de Bisceglie, uno de los maridos de Lucrecia; pero no están en duda las ejecuciones de cuando menos cuatro muy principales nobles feudales, opuestos a que el joven caudillo formase un poderoso estado en la Italia central, uniendo a la Romaña las zonas limítrofes, principio, según Maquiavelo soñaba, de la gran unidad italiana postergada, como sabéis, hasta el siglo XIX. Nuestro autor se complace en describir, en la carta a los florentinos, el procedimiento empleado por Borja para deshacerse de sus enemigos: hallábase muy impresionado por la brillante inteligencia y la arrogante audacia del hijo de Alejandro VI, y creyó haber encontrado en él quien salvase, sacrificando, si fuese necesario, cualquier obstáculo o condición moral, su patria de la dispersión y de la dominación extranjera. Pero el pequeño César cometió el triple error de equivocarse, ser derrotado y morir joven, aunque valientemente, en 1507; entonces, su intelectual admirador de antes, lo execró como a enemigo de Cristo.

\* \* \*

Nicolo Machiavelli nació en Florencia en 1469. Su carácter, dices, era seco, áspero, despótico en veces. De su fisonomía, que era helada, mas con rasgos distinguidos. En cierta época de su vida, en plena madurez, retirado por fuerza de sus importantes funciones, llevó una conducta disipada, como lo cuenta en carta a un amigo: "Con ellos - un posadero, un carnicero, un ebanista - me encanallo.... Jugando al chaquete, que ocasiona mil disputas..... con acompañamiento de palabras injuriosas..... Sumido en esta villanía, impido que enmohesca mi cerebro, y contemplo cara a cara mi mala fortuna.... Llegada la noche, vuelvo a casa..... Y decentemente vestido, me presento ante los hombres de la Antigüedad". Esto ocurría después de que, en 1512, fuera echado de sus funciones públicas. Como en 1513 escribió **El Príncipe**, quizás lo hizo con el ánimo lleno de amargura. Había pasado que, enemigo de los Medici, en una de las vueltas de la política, fue castigado no sólo con la pérdida de sus empleos e ingresos, sino que después corporalmente y con la cárcel, de lo cual lo libró la generosidad del Pontífice León X, hijo de Lorenzo el Magnífico, y acaso también porque, desde la prisión, compuso unos versos para Julián de Medici.

Para León X, a su solicitud de que le diera ideas para buen gobierno, escribió una disertación en la que adhiere a la forma republicana, pero aconseja, a quien ejerza la monarquía, el fraude electoral, entre otras cosas de artimaña parecida, sin que le fuera óbice haber dicho poco antes, en el mismo documento, que el antiguo régimen - de la ciudad se entiende - cayó por "... hacerse los escrutinios de modo que era fácil cometer fraude con ellos". La cuestión, pues, consistía en no dejarse pillar. Así lo creen y lo practican **ilustres** gobernantes de hoy, y no exactamente sólo de esos países desdeñosamente llamados atrasados, y en desarrollo, por eufemismo.

Otro notable Pontífice, Medici también, Clemente VII, le pagó por la **Historia Florentina**, en la que, recurriendo a los grandes historiadores de la Antigüedad, redime la historiografía de la candidez de llamarse imparcial por simplemente narrar sin substancia los hechos. Salvó en esta nueva ocasión el conflicto de haber sido enemigo de la gran familia florentina.... "de modo que, sin dejar de decir la verdad, nadie pueda quejarse de mí". Pero las dijo, aún suavizándolas, y fueron elegante y dignamente soportadas por el Sumo Prelado.

Sin buscar retribuciones, dedicó a dos amigos los **Discursos** sobre la historia de Tito Livio, pero la necesidad en que se hallaba hizo que buscara protector con el obsequio de **El Príncipe**. Había pensado en Giuliano de Medici, mas éste murió en 1516, por lo cual se decidió por su sucesor en el poder, Lorenzo, Duque de Urbino, un Medici que tuvo poco de magnífico, pues ni siquiera dióle

aviso de haber recibido el libro (Lorenzo el grande murió en 1492), por más que, en tono lastimero, le implorase ayuda.

Murió en pobreza en 1527, a los cincuenta y ocho años de edad. Dijose que había sido envenenado por un remedio que mandó a preparar para unos fuertes dolores de vientre. ¡Era entonces tan cosa de todos los días esta diligencia para eliminar enemigos! Pero se cree, casi de cierto, que no hubo en su muerte otra mano que la de una enfermedad, quizás violenta, quizás de pronto agudizada.

Creía en Dios, y hubiera aplaudido que los hombres siguieran a Cristo. Pero los conocía bien; y, como humanista, no vio mejor ejemplo para que llegasen a vivir la vida recta que la antigüedad pagana. Amaba las bellas letras, fracasó en casi todos sus empeños, pero tuvo los gustos de un Cardenal renacentista con los medios de un escritor sin fortuna, y habría dado gustoso la vida por la Italia que amaba.

\* \* \*

Entristecidos los hombres por las guerras, las pestes, la muerte del ideal terrenal, la espera interminable del regreso de Jesucristo, y por la rutina de las culpas confesadas, absueltas y vueltas a cometer llenos de miedo, pensaron en buscar un activo bienestar para el alma y el cuerpo en lo que se creía vida absolutamente ejemplar de los antiguos. En verdad de verdad, descubrieron algunos, el gozo en el problemático más allá nunca debió oponerse al gozo en el tránsito terrestre, al que era menester enjugarle las lágrimas con la aventura y el placer de la vida nueva. Así lo creyó Petrarca (1304 - 1374), promotor del humanismo. Así también el Dante (1265 - 1321), su precursor en procurar conciliar los cristiano con lo pagano, gran soñador, abuelo de Maquiavelo por el lado de este deseo: en querer una Italia unida; y hasta un Estado mundial que correspondiese al orden de la ciudad de Dios. A la Iglesia no debió haber gustado que Virgilio lo llevase al infierno, y que Beatriz, carnalmente deseada y espiritualmente evocada, lo pasease por el Paraíso; y mucho menos De Monarchia, tratado en el que aboga por la independencia del Estado frente al poder de San Pedro en Roma, por lo que fue eclesiásticamente quemado en 1329.

El Humanistas de Cicerón comprendióse en esos días como la propedéutica del hombre en la exaltación de lo humano, puesto que sólo el humanistis studia podría perfeccionarlo. Hubo, pues, que volver a traducir a los autores antiguos, limpiando los viejos textos de las interpolaciones y errores cometidos por los monjes ineficaces, o propensos a la escolástica torcedura de la idea, y hacerlo en tan esforzada labor que comprendía conocimientos lingüísticos,

geográficos, históricos, arqueológicos.... Tal empeño hizo que el humanismo comenzase por ser exceso formal, porque su interés hallábase colocado en lo externo de la cultura antigua, debido al laboratorio estilístico de la investigación, que trocó los medios en fines. El tiempo daría a este gran movimiento cultural otros significados más hondos y de mayor permanencia.

Preludio del Renacimiento, donde todas las fuerzas de la humana creación individual se desatan de sus ligaduras medievales, el humanismo le dio el tema fundamental del amor a la belleza, contra el feeísmo de la deformación imaginera y del terror del demonio alojado en el sexo femenino. Y, claro, la belleza como la medida de la vida humana, como la profesión de fe de Goethe haría por boca de Epimeteo: "Al mejor camino nos lleva la belleza.... Y tan sólo la forma ennoblece al fondo; ella es lo que presta y se presta a sí misma el supremo poder..." (La vuelta de Pandora, Esc.II).

Pero el humanismo sería mucho más: encumbraría las cualidades de la naturaleza a su glorificación y convertiría al sumiso ser gregario en natural rebelde individual. La filología había sido sólo una instrumento para el ideal de una humanidad superior, pero un instrumento que sobrepasó sus limitaciones para ser, como en Erasmo, combativamente crítico, y, como en muchos otros, enemigo de la Academia, cierto que de la escolástica, pero entonces no había otra. Y aquí, vis a vis (cara a cara, corregiría el académico) lector e instructor, ¿no es verdad que toda Academia, especialmente la de nuestra lengua, escolástica es, cuando menos por su pegajoso apego al formalismo, sin íntimas correspondencias, y a la convivencia de doctores y generales?

Y bien, nuestro autor es un humanista para quien ha fallado la conciliación entre los hijos adulterados de Cristo, sus procuradores venales, y el mármol vivo de la antigüedad pagana. Maquiavelo, ya en pleno Renacimiento, que quiere ser cristiano y se lo cree, es un pagano a quien disgusta saber que, al finalizar la Edad Media, viniesen campesinos a mercadear en o junto a la Iglesia, y dentro de ella bailasen y cantasen lúbricamente con sus mujeres o las ajenas, e hiciesen lo suyo si la circunstancia y la luz lo autorizaban. En esos años, de cuya monstruosa preñez fue parido el Renacimiento, las perversiones se cocían a punto, en el temor a las llamas infernales, porque la hipócrita prohibición de observancias sexuales saludables condujo a extremos de horror, como la práctica nada infrecuente del bestialismo. Sólo que "la alegría abdominal se expiaba con una piedad semanal" (W. Durant).

Para salir del clima turbulento que heredó el Renacimiento, no sólo piensan los hombres en la conducta antigua, sino en la ciencia, en la

responsabilidad corporal y mundana, en la intensa vida del individuo, en la gran libertad de espíritu creador. Y la tristeza de la monódica predicación que, acompañada de verdugo y tizonas, oscureció el valor existencial sobre la tierra, dio paso a su glorificación, vertiente de la edad moderna que lleva el calvinismo hacia la gran empresa industrial que habría de modificar hasta lo extraordinario el rendimiento de la naturaleza a los deseos del hombre. Otra, y contraria, es la que Lutero promueve hacia el abstracto poder que envilece la dignidad de la persona.

Renacer no es sólo restaurar en el Renacimiento, sino también reactivar la aventura de la novedad en una ebullición de audaz inteligencia que pocas veces ha visto la historia: navegantes, continente inéditos, invenciones, ciencia y técnicas sorprendentes, hombres de capacidad universal, mujeres liberadas, descollantes como Vittoria Colonna, bella pero inteligente, como de otras se suele decir "feas pero tontas", o como la hermosa jurista Novella d'Andrea, o la catedrática en Heidelberg, Fulvia Morata, y Colón y Magallanes, y Leonardo o Miguel Angel, Pico de la Mirandola o Nicolás de Cusa, Cellini, Galileo....

Y ahora, tened presente que la política renacentista italiana, moldeada en la Edad Media, por la lucha entre el Papado y el Sacro Imperio Romano, había degenerado del todo a los partidos rivales por la corona de Alemania y la del Imperio, güelfos y gibelinos, por manera que guerreaban, con traición y crueldad, por localismos aldeanos, rencillas familiares por cuestiones de alcoba o de simple vanidad protocolaria, e increíbles ambiciones mirmidónicas. Prevalidos por esa espuma de confusiones, tan contraria al espíritu nuevo del arte y de la ciencia, los reyes, que centralizaban cada vez más su poder sobre los feudos europeos, hicieron de Italia una presa para Alemania, para Francia, para España... De esto adoleció Maquiavelo y quería curarlo y curarse, y tanto fue su sufrimiento que, siendo amante de la libertad del pueblo, cayó en la convicción de que sólo la fuerza, cuando no la astucia, podrían remediar tan arraigada enfermedad social.

Posiblemente, Maquiavelo sea el caso de un patriota desesperado. Y su política, la de emplear las mismas armas de la discordia para triunfar sobre ella. Vale decir, una política renacentista.

\* \* \*

A poco de ser conocido, le lectura de *El Príncipe* fue la favorita de los monarcas, incluido el Papa Sixto V, que hizo un resumen de la obra, para que quedase fácilmente en la memoria. De todos modos, quedó en la de los gobernantes déspotas, desde Carlos I de España hasta Napoleón, por supuesto. Fue atacado también, primero por los jesuitas, orden que protegía al Papado contra la

independencia del poder terrenal, pues Maquiavelo dice cosas como éstas y otras peores, o mejores, como queráis: “El Príncipe debe respetar y observar la religión, aunque no crea en ella”. Colocada en el Index en 1552, la prohibición de su lectura sólo fue levantada a fines del siglo XIX por León XIII. Del entredicho, como es natural, nadie hizo caso, sino uno que otro tonto.

Aunque creía más honesto los propósitos del pueblo que los de la nobleza, juzgaba conveniente encañarlo cuando fuese necesario. Y como pensaba que era mejor decir la verdad tal cual es, afirma que el príncipe ha de conquistar reputación de clemente, pero “sin hacer mal uso de la clemencia”, puesto que es mucho más seguro ser temido que amado; y que no debe cumplir sus promesas si eso le perjudica y han desaparecido las razones que las motivó... El lector verá a ratos todo lo demás con repugnancia, pero terminará por admirar a quien con tanta valentía mostró “francamente, sin disimulo, lo que los hombres suelen hacer, no lo que deberían hacer” (Francis Bacon).

De Maquiavelo y su **El Príncipe** se apropió la locura nacional –socialista. En común, sin embargo, sólo hay el interés por el poder, pero esto no es lo fundamental que tipifica el nazismo, sino la ideología y el partido que la impone por la sangre y el fuego. Y si bien Maquiavelo posiblemente es el primero en usar el término Estado, con él no significa la siniestra y monstruosa abstracción totalitaria a la que condujo, con numerosos ingredientes diversos, la confusión verbal hegeliana por demostrar la espantosa realidad del espíritu objetivo que domina la historia y que Adolfo Hitler quiso encarnar.

No. **Status** (Estado) significó en el Renacimiento lo que en Roma: una condición, aquella en que se halla un gobierno integrado en la Constitución, el consentimiento y el orden establecidos.

Además, Maquiavelo usa la palabra virtud con sentido semejante al de la antigüedad: **virtus** – **vir** hombre, virilidad, cualidades del varón fuerte y su excelencia en cualquier campo especialmente relativo al poder. Nada que ver, pues, con la virtud cristiana; se trata exclusivamente de un valor laico. Lo que no hizo fue definir, en su teoría, el concepto de poder. Lo haría Hobbes en 1651: “el medio... Para obtener algún bien futuro”, pensamiento en buena parte coincidente con el de nuestro autor, al que se le atribuye erróneamente aquello de que el **fin justifica los medios**, por haber traducido mal unas palabras: “toda acción se determina por el fin que intenta conseguir”, significado de la escrita en italiano (Carl Friedrich). Tampoco distinguió entre poder y autoridad, **auctoritas**, la aprobación que daba el Senado romano a lo resuelto por la asamblea popular, de modo que la ley adquiría la autoridad necesaria para ser obedecida. “La autoridad

no es una clase de poder, sino algo que acompaña al poder, algo que crea poder, pero no es el poder en sí... (Friedrich).

El autor de estas notas ruega al lector tener presente estas palabras de Hegel: "... Fue el elevado sentimiento de Maquiavelo sobre la necesidad de constituir un Estado lo que le hizo sentar los únicos principios, según los cuales podía formarse uno en aquellas circunstancias" (Filosofía de la Historia). Pero de ningún modo suscribir la inscripción del monumento que, en la Iglesia de Santa Croce, donde sus restos acaso descansan, lo recuerda: *Tanto nomini nullum par elogium*. No hay elogio adecuado para tan gran nombre.

La verdad es que no es posible hablar de Maquiavelo sin pensar en el Renacimiento, ni del Renacimiento sin pensar en Maquiavelo. Por eso, El Príncipe vive hasta hoy con su época. No sabemos por cuántos años más.

Quito, agosto de 1973.